

—¡Piensa aún!—dijo Menendez con suplicante voz.

Fermina se alejó de él, y le indicó la puerta sin mirarle á la cara.

—¡No tienes, pues, corazon!—gritó el jóven poniéndose en pié, ébria de coraje el alma y pintada la amenaza en el rostro.

Fermina le miró.

Menendez se hizo atrás y se lanzó á la escalera.

## IX.

Apenas vuelto á casa, comenzó á preparar el equipaje para partir á la mañana siguiente. Había decidido ir á pasar un mes á La Rinconada; aldeilla rodeada de olivares, cercana á la ciudad, donde estaba D. Luis de Guevara, amigo suyo de la infancia, *facultativo*, ó sea médico de partido, que le había ofrecido su casa más de una vez para cuando quisiese huir de los grandes calores de Sevilla.

Terminadas las cosas, se acostó, y por la primera vez, desde la noche fatal de su delirio, se quedó dormido.

Al amanecer se despertó más tranquilo; corrió á la ventana, mandó parar al primer coche que pasó por la plaza, se vistió, hizo bajar á él su equipaje, se puso en bandolera la escopeta, bajó rápidamente, y subiendo al carruaje, ordenó al cochero que le condujese á la orilla derecha del rio, frente á la Torre del Oro. Una gran trasforma-

ción se había verificado en él; no parecía ya el hombre del día antes; su rostro no expresaba ya ni ansiedad, ni dolor; estaba pálido, y se conocían aún las huellas de la tempestad de los pasados días; pero resuelto y casi soberbio. Bajó delante de la casa de Fermina; subió la escalera con paso decidido; empujó la puerta, y apareció en el umbral erguido é inmóvil.

Fermina manifestó desagradable sorpresa, y se volvió hácia la ventana.

—Una palabra sola, Fermina—dijo Menendez con acento tranquilo.

Fermina volvió hácia él la cabeza, teniendo los ojos entornados.

—Estás profundamente convencida—añadió Menendez.—¿Puedes jurarme por tu honor, por la memoria de tu madre, por la salvacion de tu alma, que el estado presente de tu corazon no es por efecto de un esfuerzo que haces sobre tí misma? ¿Sientes en efecto que tu alma no podrá ya amarme jamás?

—Sí—respondió Fermina con voz clara y resuelta.

—Adios—dijo Menendez, y desapareció.

## X.

Fermina dió un suspiro, dejó caer la costura, y apoyó la cabeza en una mano. Veía marchar á Menendez sin dolor, pero no sin tristeza. No era ya su amante á quien perdía, es verdad; pero sí una imágen querida; la forma humana bajo la cual se le presentó la felicidad la vez primera; el semblante del cual no hubiese podido ya separar el recuerdo de los más bellos días de su juventud. Despues, en el primer momento, mientras oía á lo lejos el ruido del coche, que creía se lo llevaba para siempre muy lejos de Sevilla, le asaltó una duda repentina, que le hizo temblar, y le fué preciso interrogarse á sí misma una vez más, sondear aún en lo profundo del alma, para saber si todavía quedaban, una centella de amoroso fuego, una esperanza ó una promesa. Pero interrogó, sondeó, no halló nada, y sintió consuelo.

Repitióse despues y con más convencimiento que antes, que en su alma no había existido ni

podía existir, el grande, ciego y tremendo amor que ella había soñado; el único amor que su varonil y soberbia naturaleza podía aceptar y devolver; el amor de Menendez había sido un delirio pasajero de la mente, no una fiebre perpétua y profunda del corazón; Menendez no la había comprendido, porque no la había estimado; reconciliados, hubieran roto otra vez; ella no hubiese podido amarle sino por lástima, y él hubiera desconfiado enseguida, á la primera ocasion, y con fundamento, puesto que en él había muerto el amor, y no éste, sino el orgullo humillado, ó el remordimiento, fué el que le impulsó á pedir compasion y gracia: y por otra parte, se había despedido con el ánimo más tranquilo, comenzaba á resignarse, á olvidar; con el tiempo hubiese olvidado; ha sido mejor para los dos que todo haya acabado de esta manera.

—Sea, pues,—dijo suspirando Fermina:—es un sueño desvanecido; lo perdono, y que Dios le acompañe—é inclinó sobre la labor la bella y pensativa frente.

## XI.

Pasaron dias: nadie en Sevilla vió más á Menendez; alguien dijo que había marchado á Cuba; todos lo creyeron; algun que otro amigo lo lamentó; pero la mayoría no habló de ello sino para vituperar su nombre.

Fermina, por el contrario, desde que se supo la aventura, había adquirido tambien en la otra orilla del Guadalquivir, una especie de aureola novelesca, de una parte de la cual se sentían orgullosas todas las muchachas de Triana, como si el raro ejemplo de firmeza desdeñosa dado por ella, hubiese realzado á la faz de Sevilla la dignidad de todo el sexo femenino del barrio, generalmente no tomada en sério hasta entonces. Un poeta desconocido escribió versos en la pared de su casa; la mujer del capitán general de Andalucía, le hizo un encargo de flores contrahechas, para tener por este medio ocasion de hablarle: las muchachas que la encontraban por la calle, le decían:

—¡Muy bien, *Fermina!*

Todos la miraban con cierta especie de curiosidad respetuosa, y entre ellas, un panzudo, negociante en telas, esposo de una endiablada morenilla de Badajoz, que hallándola dos días después de la marcha de Menendez, exclamó con efusión de gratitud:

—¡Bendita sea Vd., *señorita*, que nos ha liberado!...

Pero Fermina vivía muy recojida y sola, ocupada en su trabajo, dejándose ver poco por las vecinas de su casa.

No estaba contenta, pero sí tranquila, y no recordaba á Menendez sino con sentimiento de vaga tristeza, como si recordase á un muerto.

## XII.

Quince días hacía que partió Menendez.

Una mañana, al amanecer, Fermina estaba trabajando en su habitación, sentada al lado de la ventana; alguna vez que otra levantaba la cabeza para envolver en una mirada melancólica, el río, la Torre del Oro, el paseo de Cristina, las lejanas agujas de la catedral, cien lugares y cien cosas que le recordaban su inmenso amor desvanecido, y suspiraba.

En estos momentos hubiese deseado volver á amar á Menendez, que aun sabiendo que no debía verlo más, hubiera dado dulce alimento al vacío de su alma, y sondeaba aún dentro de ella, no con temor como otras veces, sino con la esperanza de hallar algo de aquel poderoso afecto.

Vana esperanza: solo aparecía un resto de desden pronto á alzarse, y se apresuraba á matarlo echando encima otro pensamiento. — ¡Muerto! ¡Muerto!—decía para sí moviendo la cabeza con angustia, y sentía profundamente que si Menen-

dez se presentase á su vista, le recibiría como en anteriores veces, sin experimentar la menor sacudida, sin dudar un momento de lo inmutable de su corazon, sin necesitar el menor esfuerzo para repetirle:

—Véte, déjame sola en mi sepultura, todo acabó.

El curso de sus pensamientos fué interrumpido de pronto por un ligero ruido; volvióse, lanzó un grito, y se puso en pié.

Menendez estaba delante de ella.

Fermina se rehizo enseguida; pero no pudo ménos de fijar sobre él, y por algunos momentos, una inquieta mirada.

Su rostro estaba pálido y demacrado; los ojos tristísimos, lívidos sus lábios. Llevaba puesta la capa y una bolsa de viaje cruzada sobre el pecho. Apareció en el umbral de la puerta un poco encorvado, y como si las piernas se negasen á sostenerlo, lleno de amor y de tristeza.

—¿Has estado enfermo?—le dijo ella con ligero acento compasivo.

Menendez titubeó un instante, y respondió despues con voz débil.

—Sí... un poco.

Fermina inclinó la cabeza.

—Y... ahora me voy—murmuró el jóven.

—¿A dónde?—preguntó Fermina sin levantar la cabeza.

—A Cuba.

—¿Hoy?

—Ahora.

—¿Para siempre?

—...Para siempre.

Fermina dió un suspiro, se pasó la mano por la frente, y dijo con estremecida voz:

—¿Bien... adios, Menendez; que el Señor te acompañe... y... adios!

—¿No tienes más que decirme?—preguntóle Menendez con voz temblorosa.—¿Eres la misma?

Fermina le cubrió con una mirada, que era prueba palmaria de la angustia de su corazon, por no poderle dar sino una triste respuesta.

—Bien—dijo entonces Menendez acercándose á su mesilla de labor—ya no nos veremos más... hazme una merced, Fermina. Acepta este recuerdo—y colocó sobre la mesa una cajita de sándalo, con la llave en la cerradura.—¿No lo rechaces, Fermina, te lo ruego! No es un regalo. No guarda más que una hoja de papel, en la cual revelo un secreto que debes conocer, un secreto de familia que no he revelado á nadie más que á tí: una cosa sagrada. Acéptalo, Fermina; te juro por mi honor, que es preciso que lo aceptes; comprenderás esta precision cuando hayas visto de lo que se trata, y dirás que he tenido razon y que he cumplido con mi deber... No tengo más que decirte. ¡Adios, Fermina!... olvídame y sé feliz.

Fermina se enjugó una lágrima, y le dió la mano volviendo el rostro á otra parte.

Menendez la cubrió de besos y se dirigió hácia la puerta.

—¡Menendez!—dijo vivamente Fermina.

Menendez se volvió.

—Adios—repitió la muchacha con alterada voz, pero firme.

—Soy más desdichada que tú, porque ya no tengo nada en el corazon. ¡Véte, Menendez, véte, y que Dios te guie en tu camino!

Menendez salió, entornó la puerta y comenzó á bajar lentamente la escalera, con el oido alerta, suspenso el aliento, latándole el corazon como si quisiese salirsele del pecho.

A poco oyó el ruido de la llavecita de la caja que giraba en la cerradura. Las piernas se le doblaron y cubrió sus ojos negro y espeso velo.

Se apoyó en la pared de la escalera.

Pasaron algunos segundos.

De repente, un grito sobrehumano de dolor, de amoroso espanto, resonó de arriba á abajo en la casa como la explosion del rayo; la puerta se desquició, Fermina de un salto llegó al fin de la escalera, se arrojó sobre Menendez y comenzó á besarle con desesperada furia los piés, las rodillas, las ropas, sollozando, gritando, pidiendo perdon, invocando á Dios, hasta que le faltó la voz, los ojos se le cerraron, y cayó desmayada.

Los vecinos acudieron y entre ellos el señor D. Luis de Guevara, que había acompañado á Menendez desde La Rinconada, y le esperaba en la calle.

—¡Luis!—dijo Menendez apenas le vió, levantando á la desmayada Fermina y colocándola de modo que él le pudiese ver el rostro:—te presento á mi mujer!

## XIII.

Quince días después, el empresario de la plaza de toros de Sevilla, debiendo enviar á Fermína la llave del palco número treinta *del lado de la sombra*, dirigía la carta:—*¡A doña Fermína Menendez!*—y siendo esta la primera que recibía con el dictado de *doña* antes de su nombre unido al de su amante, besó tres veces el sobre y la guardó como cosa especialísima.

Alguna sevillana, sin embargo, en vez de besar aquel día el sobre, hubiese besado la llave, puesto que por la dichosa llegada de Su Majestad la reina Isabel, la cual y por vez primera se dejaba ver en Sevilla desde su coronación, el empresario de la plaza había preparado una corrida magnífica que dejará nombre en los fastos del *toreo* andaluz. Baste decir que el primer espada era *el Tato*, y que se lidiaban ocho toros comprados á peso de oro, *doblones de Isabel*, en las dehesas del excelentísimo señor marqués de Veraguas, el primer ganadero de España.

Por esta razón, si bien el espectáculo no debía comenzar hasta las dos de la tarde, la plaza estaba casi llena al mediodía y á la hora, no se podía entrar ya.

Era una de las más bellas fiestas que se pueden ver en Sevilla en el mes de Setiembre.

La vasta plaza poligonal, ostentaba en sus treinta tendidos una maravillosa confusión de caras morenas, de trenzas negras, de abanicos y manos agitadas en el aire; allí estaba la flor de la belleza del barrio de Triana; allí estaban las más famosas boleras de las *escuelas de baile*, centenares de cigarreras con los vestidos blancos ó color de rosa, grupos de gitanas con ramilletes de flores en el pelo y sobre el seno, los más guapos y más terribles tiradores de navaja de la provincia con calañés y faja de color azul y rosa: toda la más ardiente sangre andaluza que circulaba en aquel tiempo desde el campo de la feria á la puerta de San Juan, desde la Cartuja á la Trinidad: una inmensa colección de amores, de celos, de caprichos, de alegrías, de miserias; un cruzarse rapidísimo y continuo de apóstrofes, clamores y ojeadas furtivas, de flores y risas, de palabras galantes y naranjas; todo esto reanimado por estrepitosa y regocijada música y combatido por un ardiente sol.

A las dos en punto, los *alguaciles* entraron en la arena para hacer el despejo, y en el mismo ins-

tante casi todo el público se volvió y miró hácia un punto, y la gritería general calló de repente.

Fermina vestida de blanco, con un gran ramo de flores en la mano, radiante de digna y severa alegría como su belleza, apareció en su palco, junto á Menendez, pálido y sonriente, en medio de un ciento de amigos. Al silencio siguió un murmullo favorable, casi amoroso, y otras mil miradas se fijaron en los dos esposos. Todo Sevilla sabía lo ocurrido. A poco una gitana sentada en el tendido bajo el palco, se puso en pie, quitase una rosa de la cabeza y tirándosela á Fermina le dijo:—*¡A tí, doña Fermina Menendez, y Dios te dé la buena suerte!* De repente otra muchacha arrojó un ramo de flores á Menendez gritándole:—*¡A tí, don Manuel Menendez corazon valeroso!* El ejemplo se tomó rápidamente; de todos los tendidos cercanos al palco comenzaron á llover flores sobre la gentil pareja, acompañadas de una gritería apasionada y placentera:—*Para tí, hermosa criatura!*—*¡Para tí, sangre de valiente!*—*¡Para vosotros la más bella pareja de Sevilla!*—*¡Amáos!*—*¡Buena suerte!*—*¡Muchos dias como éste!*—*¡Que Dios os proteja!*...

En pocos minutos la noticia y el entusiasmo se propagaron por toda la plaza, y de todas partes se tiraron flores, se agitaron abanicos y mantillas, se gritaron vivas y saludos; tanto fué, que Fermina, emocionada en demasía, tuvo que apoyar

la cabeza en el hombro de Menendez, y la reina Isabel que ya había tomado asiento en el palco Real con toda su servidumbre, preguntó al jóven general Serrano quiénes eran aquellas dos personas por las cuales se metía tanto ruido. El *general bonito*, como se llamaba entonces al futuro vencedor de Alcolea, se inclinó respetuosamente y dijo con su más dulce voz:

—Es un matrimonio, señora. La esposa es la más hermosa muchacha de Sevilla, y el marido un jóven que ha hecho honor á Andalucía. En un acceso de celos ofendió mortalmente á su prometida, colocando á su puerta un libelo infamante, y no pudiendo alcanzar perdon, una vez convencido de la pureza de su amante, ni conseguir su amor, obtuvo uno y otro presentándole una cajita que guardaba la pluma con que había escrito el miserable insulto, hecha dos pedazos; bajo la pluma un papel escrito con sangre que decía:—*¡Expiacion!*—y debajo del papel ¡su mano derecha!...

\*  
\* \*

Mientras la reina dirigía los gemelos hácia aquel matrimonio, sonaron los clarines, la multitud lanzó potentísimo grito, y el primer toro del excelentísimo señor marqués de Veraguas, salió bramando al centro de la arena.